1

233768

LAS ROCAS PE



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

10 cents.

1

233768

47/1505161

Las rocas peludas

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

Animábanse en el pueblecillo vasco de Laredo, no lejos de Bilbao; preparábanse, entrenábanse para un concurso de nadadores, mixtos; entre gente pescadora y chicos más o menos distinguidos, algunos de ellos ¡se sacaban la raya inclusive!

¿Era la fiesta del pueblo? Casi lo era: al menos una de las más sonadas, San Fermín, patrón de Pamplona. Y por simpatía innata entre ambos pueblos ¡pues!

—Dime que dirasme, Chisco; que en cuarenta brazadas le gano yo al más pintadico de esos mostrencos de senyoritingos ¿que no?

—¡No, que no, repuño! con la juerza que gastamos, voto a Sanes!

—¡Arrea! Y con la fuercica que nos meten las mozas con sus risas de satisfacción y con sus popas de bella empresa pa go-

R.322417-5

bernalas.

—Y pa hacerlas crios ¡a que sí, mastuerzo!

—¡Eeeh! (Aquí ahuecaba la mano llamando a distancia.) ¡Reinaaa! ¡Inesona! ¡Venirsos, que nos vamos a desafiar yo y esteeee!

Las nombradas mocetonas, todas muy guapetonas y con sendos muslos y exhuberantes bustos en que temblaban los pechos robustos y próvidos de futuras nodrizas, reíanse, reíanse con carcajadas enormes; temblábanles las carnes, gozaban en plena naturaleza a cosa de una pedrada del lugar en que hemos oido a los mozos pescadores.

—¡Mira que nos llaman esos, tú!

—Yo no voy, que aquí se está muy fresquita y al sombrajo de las rocas.

—¡Qué rucia eres, Inesona! ¡Pero no oyes! ¡Chicooó! ¡Ya vaaá!

—Y tú que percebe de contestales, así tan de súbito.

—¡Rispóndoles, porque son muy buenazos y nos tien su mijica de ley, so desabrida!

—Es que dice la tia Nasia que a los hombres y más si son pescadores, hay que dejales «en seco» tanto como se pueda: que es como hacerles poco caso en el momento,

que así se les aguijonea mejor y se les maduran más sus ganas.

—¡Borrica! ¡Ganas de qué!

—¡Toma! ¡Ja, ja, ja! Ganas de atracarnos de besos y de festival y de...

—Y que más ¡penca!

—¡Dale atún! ¡De gozarnos, en una palabra!

—¡Jesús y San Fermín nos valgan! ¡Qué cosas tan gordas dices!

—Sí; más gordos tengo yo mis muslos. ¡Mira, mira, tonta!

Y se alzaba Inesona las ropas con desenfado ingénuo y picaresco, hasta la cintura. Creía que los mozos no podían distinguirlas, desde donde se hallaban.

—¡Morenos, y muy morenos!

—Más blancos los tengo yo... y no los enseño, ¡desvergozada!

—¡Sosas! ¡Mogigatas! ¿No es todo nuestro; la pantorrilla y el muslo y esto tamién? —replicaba Inesona volviendo a subirse las sayas, hasta mostrar las ligas del torzal negro, que destacaban en lo alto de la media azul claro, en lo alto de la rodilla y principio de los robustos muslos.

—No; tú sí que vas a ir para nodriza a Bilbao para Navidades o Reyes... Como si lo viera...

—Claro, Reina; ¡como lo que es despacha-

da esa!

—¡Chicas!—repitieron en sus llamadas los mozos, cuyas voces parecían acercarse.

—Bájate las faldas, pedazo de atún, que...

—¡De lo mío enseño, Velay!

—¡Arréglate! No será que yo tenga menos muslos que tú!

—¡Aprieta! Dos como todas. ¡Nos ha fastidiado!—apoyaba Inesona riéndose.

—Dos sí, pero más blancos que los tuyos.

—¡A verlos!

—Sí, mujer. No te dé vergüenza... que así no vamos a Bilbao, ni a Santander, ni a ninguna parte, ni para ferias...

—Ni para amamantar crios, ¡ya ves! Habeis de ser tranquilas y sin remilgadas como yo. ¿Veis?

Inesona repetía la exhibición por tercera vez de sus carnes llenas y de piel tostada, pero fina al tacto.

—¡Piernas sucias!—dijo con sorna a pocos pasos una voz de hombre.

—¡Cochinota! ¡Siempre has de ser tú!

—¡Jujuy! ¡Valiente cosa! Ya nos sabemos de memoria las ligras negras de la Inesona y las piernas negras tamién, por no variar.

—¡Clarico! Y pa haceros rabiar.

—¡Eso m'i han dicho que no lo diga!

—¡Porque eres un bocazas!

—¡Y tú una cualquiera!

—¡Y vosotros unos!...

—¡Unos qué, finiquítalo, princesa!

—Unos pescadores a bragas enjutas, que quereis hartaros de pescadillas y ¡están verdes!

Riéronse los tres muchachos de la buena fe con que Inesona les despreciaba o fingía despreciarlos.

—A lo nuestro, que es tarde. Tú, Reina, ¿por quién apostarías, dí, a ganar a nadar entre nosotros tres?

—¿Y tú, Justa?

—¿Y tú, Inesona?

Los tres mozos dirigíanse cada cual a la que le tiraba más ya de antiguo y con la que yacería más a gusto si hubiera ocasión.

—Pues yo... a este.

—¡Bah! El más forzudo y que le dá más cachetes al agua salada es Ranera.

—Por mí, el Fermín se lleva el agua de calle.

Cada una de las apuestas muchachas indicaba de intento al de ellos con quien tenía menos intención y menos simpatías, solo por el gusto de hacerles rabiar.

—¡Pues se va a ver!

—¡Sí que se va! Y aluego lo sabreis, para hacer boca.

—¡Justo! Para en que llegue la fiesta del Patrón... ¡Apa! ¡Rezongados! A tirarse al agua.

—¿Vestidos? ¡Yo no!

—No me quito más que la ropa precisa.

—¡Eso! La zamarra y los calzones; andando, cóngrios... A una, a dos y a tres. Ya estoy presto.

Los tres aligeráronse de ropa.

Ellas gozaban de antemano, ansiosas por ver quien llegaba antes a la «boca santa» que era el punto señalado como meta, casi de ordinario.

II

Había llegado a Laredo un joven bilbaíno que prometía muchísimo, según algunos, en el arte de Rubens y de Velázquez.

Llamabase Rafael Viznete, guapo mozo, a fé; listo, de mirada provocativa, sobre todo con la gente del sexo contrario y palabras melosas y convincentes en materias galantes.

—Yo pruebo en Laredo... Me han dicho

que abundan allí las perspectivas chocantes y bellas a la par. Y lo que es mi cuadro para ganarme la pensión de la Diputación, en Laredo lo hago ¡que dicho está y bien dicho!

Así monologueaba aquel futuro Goya, cuando percibió chillidos y exclamaciones femeninas a cosa de un cuarto de legua en la playa de Rosalera, donde se halla, con objeto de tomar apuntes.

—¿Serán chicas bromeando?—pensó Viznete.

—¡Aquí, aquí. Socorro!—seguían voceando desde el punto ya indicado.

—¡Pues no se guasean! ¡Vamos allá!... Sí, justo; junto a esas rocas gigantes creo ver varios bultos que no distingo bien si son mujeres ú hombres.

Corrió presuroso hacia el rompiente de las olas en dirección de la Roca Santa. Al avanzar como unos pasos, vió de lo que se trataba.

Las tres muchachas, que ya conocemos, trataban he sacar del agua, con vanos esfuerzos, el cuerpo de un hombre que al parecer estaba desvanecido.

—¡Allá voy, niñas! ¡No apurarse!

—¡Ah! ¡Gracias a Dios!

Ese infeliz.... Capaz es de haberse quedado sin resuello el pobre.

—¡Já, já, já! No será tantito, trozo de berzota—rió Inesona que ni en los lances más serios podía abandonar el buen humor, que regía su temperamento.

—¡Cójale por el cogote, se orito!

—¿Así? ¡Aoupa! ¡Ya es mío! ¡Esta ola benéfica bien que me ha ayudado!

—¡Hola, hola! ¡Hola, hola!—repetía Inesona, según un dicharacho muy resobado.

—¡No es cosa de risa, Inesona!

—De risa no; pero ese tio tiene una cara de besugo recién pescado, que quita los sentidos.

A todo esto, gracias a un frasquito de sales que a prevención llevaba siempre en su estuche de dibujo el pintor, logróse reaccionar al presunto náufrago.

—Mira; ¡vaya un desgarrón en el...

—Toma; en la popa, dilo. Será algún salmonete mal alimentado.

—Es que ha topado el hombre con algún anzuelo de un pescador, como si lo viera.

Y seguían riéndose, sin poderlo remediar.

—¡Ah! ¿donde estoy?—preguntó abriendo los ojos y con voz dolorida el remojado individuo.

—¡Entre amigos, buen hombre! No se preocupe y cuéntenos cómo le ha ido por entre las ondas, amigo, recitaba amistosamente Rafael Viznete, al paso que ayudaba al desconocido a incorporarse.

—¡Tengo sed!

—¡Repuñales! ¡No ha bebido bastante agua aún!

—Tú te callas, remolona, ¡y a llegarte ahí a casa del Tio Calambres a por un poco de vino añejo!

—Bien, eso es—apoyó Viznete.

—¡Pues lo mío nada! Vamos, un remojoncillo regular; pero no para asustar a nadie. ¡Bah! Imprudencias mías. Y luego esa maldita afición que me encalabrina hacia las piernas femeninas.

Otra risotada más expansiva que las anteriores, acogía los últimos conceptos del náufrago.

—¿Es que pescaba el hombre el bonito?

—Bonito no lo soy, pero...

—No, si digo el pez ese que le llamamos bonito.

—¡Ah, ya! Vaya, bien. Pues figúrense ustedes, con mi manía por esas ricas extremidades femeniles, lo que habré gozado esta tarde allá en aquél maldito grupo de rocas. ¿Ve usté, amigo, allá hacia la derecha? Pues allí mismo. Andaban por este paraje buscando cangrejos unas seis u ocho muchachitas, todas ellas muy tiernecitas y muy... ¡Oh, qué pícara sed! ¿No viene el

vinillo ese?

—Aquí estoy;—saltó y vino oportunamente Reina, la rubita rollizota y fresca que fué la designada para aquel menester.

—¡Beba buen hombre!

—A ver si se reanima!

De un sorbo se zampó el húmedo personaje todo el contenido del vaso.

—Superior el ranciete!—Y estimando, hijas de mi alma!,.. ¡Qué buenas y que castizas sois todas!... Dios os lo premie.

Continue lo de los cangrejos, amigo,—demandó Viznete con interés.

—Bah! Lo de siempre. Ellas que huyen del desconocido que es este servidor. Yo que las llamo, para tranquilizarlas, sonriente y mostrandolas mi *folding*.

—¿El què ha dicho?

—Mi aparato fotográfico: ese mismo que hemos dejado encima de esa lancha. Ellas riéndose a más y mejor ante la perspectiva de verse retratadas!... Y como las olas rompían con cierta furia en aquellas rocas las chiquillas, horras de todo pudor a su edad! natural, angelitos nios! venga alzarse las falditas con coquetería innata; y venga mostrarme toda una bella colección de tobillos, luego de pantorrillas y luego de fragmentos ¡y que fragmentos cielo

bendito! de muslitos regordetes y dislacerantes que no cabia más!...

—¡Ja, ja. ja, ja! Pero hombre!... Y las instantáneas?—preguntó Viznete.

—Para instantáneas estaba yo!... Nada ¡que no hacía otra cosa, Dios me perdone! que agachar la cabeza, a ver si podia vislumbrar los tiernos parajes más intensos de las mozuelas... Ellas se reían, se reían, alocadas, con picardia ingenua, adorable!...

III

Aquella noche en la fonda del Tiburón, hubo traqueteo de firme.

Como que ya Perea el fotógrafo (a quien hemos presentado en el anterior capítulo) se entendía con Justa; la más callada, prudente y también la más exhuberante de las tres bellezas marítimas que conocemos.

—¿Y que le ha parecido mi postalita?

—Que eso es muy malo, para que se vea por ahí. Habrá que romperla, amigo.

—¡Qué! Romper! Antes dejo que me coman diez pulpos en manada.

—Si es que se me vé demasiado bien eso...

— Dilo claro; si el nalgatorio. Claro: co-

mo tu no podias sospechar que la pose resultaba un contraluz divino; una sorpresa para mi vamos! Y aunque la camisa no es de las más transparentes, ¡anda que es tarde!—se te clarean las nalgas que es una preciosidad y de las históricas, Jam! jam!

Estos monosílabos, indicaban que el fotógrafo hincaba los dientes encima de la cartulina hacia el punto donde caian las salientes protuberancias posteriores.

—¡Que loco! Y mi vergüenza que!

—Pero, niña: observa bien ¡quien va a conocerte por la popa! Si todas las teneis igual!...

—Y no se me vé la cara! Es verdad! Y yo que no habia reparado. Bien! pues sí! El moño: que yo me lo hago como las otras chicas.

—Cámbiale de forma y déjate colgando las trenzas y pelillos a la mar.

—Si al menos fuera usté pero que muy reservado, mucho!

—Reservado yo? Más que una ostra de esas que cogeis en las rocas. En cambio si tu me quisieras entregar...

¡El que, San Dimas!

—No te asustes. Tu ostra; digo tu almeja que las debes pescar sabrosísimas.

—Almeja ya! Anda la guasa! Como no quiera venir usté a que le pesque almeji-



cas de las de junto aquellas rocas.

—Con una me basta! Pues ahora ánimo. Atardece, por suerte. ¿Y la marea?

—Es baja ahora, en las «rocas blancas». Vendrá usté en la lancha del tio Calambres ¡Y si nos atisban!

—Atisbar!... Y con lo ligerito que voy yo bogando, mar adentro.

—Muy adentro nó!

—Ahora con lo de «afuera» me contento yo... Recalcitrante!

—Pez espada que está usté hecho!

—Y tú una Sirena... Y esto que toco ¿para quien es?

El aprovechado galancete sobaba las duras protuberancias, glúteas, una después de otra, recreábase en aquel delicioso magreo.

Ella se callaba, la muy zorra! Y se hacía la desentendida!

¿Quieres que te haga otro retrato de frente ahora?

—Ahora no... ¿Vamos a coger ostras?

—Una nada más!

¡Que manía! Rejofaina!—replicaba ella dando con un pié en el maderamen del suelo.

—No: iremos otro día.

El señor de Perea, tenia su plan: y en tanto esperaba coger la ostra, o la almeja

ansiada, decidió aprovechar los momentos y operar en tierra firme.

Al efecto fuese por su aparato fotográfico. Era una buena maquinilla que le servía para ganar dinero y para ganarse la simpatía y algo más de las buenas mozas de la comarca.

—¿Ves pequeña?—Este es el objetivo.

—Qué chico!

—Chico eh? No comprendes que si tú quieres y yo quiero, se estira a la medida de tu deseo, según hayan de ser de grandes los retratos?

Ella palmoteó de gusto y acarició con sus dedos el objetivo de Perea. Temblaba por el temor de estropeárselo.

—Estira, estira... No te preocupes. Que no se salga; es lo único has de procurar.

—Que se vá a salir, tan suavemente como lo cojo!—¡Ay! que bien, que bien va a salir el retrato!...

—Tus pechos, serían como dos manzanas asturianas. Quieres los pechos nada más? No se te verá el rostro, descuida ¡Justita!

—¡Que manía! No sería mejor el rostro si y mis pechos bien guardaditos.

—Dejáme a mi! Veras!... ¡Ajaja!

Colocole el buen mozo los dos ricos promontorios a su gusto: sobóselos a placer.

Los botoncitos se endurecían casi instantáneamente.

Ella ponía los ojos en blanco mientras una mano se le iba por instinto natural hacia el objetivo del travieso bilbaino.

—¿Enfoco?—dijo él con resolución. Ahora deja el cachivache: que ya le tengo a punto de reproducirte.

--¡Ay! que susto!... creí que me iba usté a ensartar con ese chisme.

--Ensartar no... Eso se hace con cuidado. Estate quietecita. Mira a este almanaque. Sonríete, como si fueras a casarte.

--¡Qué guasón tan grande! Bien se le conoce que es de ciudad. Ella puso los brazos en jarras, sentada encima su propia cámara separando las piernas hasta lo imposible, hacía resaltar lo retador de su busto de líneas firmes y bellas.

No pudo resistirse Perea. Después de hacerla colocar en diferentes posturas la tiró hasta ¡cuatro placas!

--Me he movido?--dijo ella lanzando un ruidoso suspiro.

--Más de lo conveniente!--Pero saldrá bién: te doy mi palabra.

--Me va usté a olvidar en seguida como a otras tantas?

--Primero contesta a una pregunta mia. ¿Tienes interés en ir a servir a Bilbao?

--Con el alma iría yo! Me muero por dejar este pueblucо!

--Pues bien: esta noche espérame en tu alcoba. No cierres por dentro y verás lo que es bueno ¿Convenido?

--Convenido!... ¡Ay que retratista tan pillo!...

Una docena de ósculos de todos calibres sellaron el pacto nocturno.

IV

La festividad se presentaba expléndida, gaya, convidando al jolgorio y a la espansión campesina.

Todo Laredo asistía a la playa al concurso de natación Chisco, Ranera, Fermín y el hijo del tio Calambres, se disputaban--entre otros el premio de un becerrete y una onza de oro, con los jóvenes de la población.

Había una novedad, empero. De Santander habían llegado unas inglesas, artistas de circo, que en obsequio al alcalde que era muy amigo y admirador suyo, tomarian parte en el concurso.

A eso de las once, con un sol veraniego que echaba chiribitas a la tierra, veíase

gran animación, entre concurrentes y actuantes del concurso natatorio.

En primer lugar salieron a la palestra tres parejas de pueblerinos, mitad con mitad, entre pescadores y menestrales de Laredo.

Todas las mozas tenían los ojos ansiosos, fijos en los musculosos biceps; en las piernas hercúleas y en otros puntos vulnerables de aquellos seis mocetones.

Con la emoción ¡claro!... Se ponían más rígidos los músculos masculinos y ellas sin apartar los ojos, comiéndoselos propiamente con la vista.

—¡Mira, cómo aprieta mi novio!

—¡Ole los mozallones guapos! ¡Ahí va mi Chisco!—decía Inesona.

—¡Pues Fermín no se queda muy atrás! ¡Ria, valientes! —saltaba Justa entusiasmada.

—¿Quieres que los retrate?

—A Fermín no!.. Ya sería demasiado—replicaba Justa ruborizándose, ante la audaz pregunta de Perea.

—¡¡Ya!!—clamaron mil voces a una.

—¡Es el Ranera!... ¡Bien, chavalillo!... ¡Te daba cetorce restregones!.. ¡ Pero no llego!...—clamó Reina con orgullo, contando ya con jamarse seis chuletas del ternerillo.

El premio segundo; una onza de oro, tocóle en suerte a Fermín que braceó de lo lindo y se lo ganó bien.

—¡Allá van torsos de mujeres!... ¡Ay. que inglesitas tan ricas!—exclamaba el fotógrafo, viendo luego avanzar; en línea a seis pimpollos, hijas de la rubia Albión.

Todas ostentaban medios trajes de malla muy finos y ceñidos al cuerpo. Sus torsos resultaban de una esbeltez y vigor sorprendentes. ¡Seis pares de muslos de órdago! Seis pares de cupulines pectorales, no tan grandes como los pechazos de las chicas vascas, pero qué resultaban muy agradables. De grupas no andaban tampoco escasas. Caras lindísimas y cuerpos encantadores: sirenas de medio cuerpo para arriba y muy excelentes nadadoras.

—¡Vaya una visual de circuitos cachondos!—suspiraba el incorregible Perea enfocando sus prismáticos sobre los serpenteantes cuerpecillos. Y ¡vaya unos muslos dislocantes!... Eso es canela y lo demás ¡algas marinas! Me río yo si por un momento me convertiera en un tiburón ¡jam! ¡jam! Como con los pechos relucientes de mi Justita. ¡Menuda dentellada se ganaban una después de otra!

Ya era muy entrada la noche cuando

finiquitó el espectáculo, del que participaron, además de lo dicho, juegos de cucaña, regatas a vela y a remo y otros jolgorios análogos.

Lo que se anunciaba con grandes arrumacos por parte de ellas y no pocos aspavientos por parte del elemento masculino del pueblo o de forasterio, era la pesca nocturna: aprovechando la senda luna llena plateaba tan ricamente la superficie del Cantábrico.

—¡Estaréis prontas mocosuelas?— preguntaba Chisco a las tres niñas consabidas.

—Antes que vosotros: ya ves no tendremos más que quitarnos los pantalones, para que no se nos calen.

—¡Ay! ¡Sin pantalones! ¡Menuda granizada de pellizcos os vais a encontrar!

—¡Andad con Dios, diablos!

V

No mediadas aún las nueve de aquella misma noche, antes de los fuegos artificiales, anunciábase con gaita y tamboril la «pesca a la luna».

Y vaya una de «lunas» las que salían a

relucir de todos los parajes de la deliciosa playa.

La marea tan baja que permitía irse muchas brazas mar a dentro; sin cubrir todo el cuerpo, daba a la pesca de mariscos un encanto por demás notable y original.

Hasta una docena de grandes lanchones de pesca se armaron, secundando a la comitiva de los que iban a pie y con ganitas de jarana, cual siempre acontece en el elemento joven y bullanguero.

—¡Repara! ¡Dos cangrejos de una vez!—decía asombrada Justa al fotógrafo a quien ya tuteaba, por lo bajo.—Y como se mueven.

—¡Como que están vivos como diablos! No los sueltes.

—¿Y si me pican?

—¡Vaya! ¡Eso si qué no lo esperaba yo! —golpeándose los muslos y aupándose otra de las pescadoras.

—¡Que pasa! ¿Lapas?

—¡Eso es, lapas!...

—Pues yo que dí con una almeja... ¡Oh! Chiquita pero muy formadita ya.

—Suelte maldito que me lastima. ¡Era mía!

—Pues ahora es mía—replicaba alegre Perea repasando el rico marisco con sus dedos baja el agua, entre las planturosas

piernas de Justa.

Ella se desmayaba de gusto, al ver las cosas que por una almeja sola hacía el fotografillo.

Los encontronazos entre manos y piernas de uno y otro sexo eran frecuentes; los pechos salian a flor de agua y brillaban en su satinada superficie por los rayos lunares, convidaban al chupito! los percebes que, también bajo el agua y muy cerca de las rocas topaban las traviesas manos femeninas provocaban risitas maliciosas y exclamaciones *ad hoc* para todos los gustos.

—¡Oh, qué rocas esas! ¡Jesús!

—¡Qué te amira!

—Ocho o diez rocas muy blancas. ¿No ves? De diferentes tamaños... ¡Oh, y parece que se menean!... ¡Y mira qué vegetación tan tupida y tan piña!...

—Rocas peludas. ¡Oh! Permite; voy a descansar la cabeza en aquella más redondeada y con más algas en su encrucijada.

—Algas o pelusilla de mar... Pero ¡qué blancura! ¿Será una obsesión nuestra?

—¡Ay, ay! se quejaban las muchachas, de paso que se azotaban en las asentaderas mútuamente.

Subíanse a las rocas más elevadas, y entonces la perspectiva de sus altibajos era

más fuertemente erótica.

Toda la vegetación que se veía entre las redondeadas rocas, parecía descollar ahora en los divinos cuerpos, bordeando y ocultando los más íntimos rincones de aquellas naturalezas, a quienes el remojón templaba los nervios, pero no las dejaba satisfechas.

—Que muerdes ¡bobo!

—Ay, creía que tenías en una nalga un cangrejo... ¡Eres tan aficionada a que te piquen los bichejos!

—¿Aún ves las rocas esas que llamas peludas?

—Ya lo creo, y ahora se han trasladado de paraje, o me engaña el reflejo de la luna.

—No; la luna no engaña; las lunas de ellas sí ¡pícaras!

—¡Ah, así! qué bien!... Mi cabeza apoyándose en esta superficie divina!

—¡Así! Y tus dedos y los mios buscando moluscos entre los repliegues. ¡Ya tengo uno!

—¿Muy abierto?...

—¡Granujas, que os equivocais de marisco!...

—Nada de eso; nosotros tenemos percebes; o si no quieres, tenemos rocas con «castañas de mar» que están diciendo comedme, a vuestra disposición.

—¡Los percebes! Jesús, qué desarrollados! ¡Y qué vivitos están! Para mañana en la comida.

Aquellas «rocas peludas», aquellas masas flotantes o que simulaban serlo, al día siguiente habían desaparecido del punto donde antes se las veía.

Pero el astuto fotógrafo no había perdido el tiempo y disparó durante la sabrosa pesca, sus buenos doce o quince fogonazos al magnesio, quedando las famosas rocas estereotipadas en sus placas. Cuando a los ocho días, ya de regreso a Bilbao y después de haber disfrutado del marisco de Justita tantas veces como pudo, el asombro, las risas y los comentarios eran generales.

—¡Caray! ¡Rocas peludas! ¡Una especie rara! ¿Si llevàramos estas positivas al museo de Historia Natural?

—No chico; las sabios se echarían a reir ante esta novedad descacharrante de las *Rocas peludas*.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles. Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita.—Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas.—Paquita la blanda. Lechos voluptuosos.—Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.—Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera!—El bosquecillo de Venus.—El sexo débil.—Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física.—Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Trini.—Vahídos sicalípticos.—Las rocas peludas.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO 10 CTS.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondamente bien escrito.—Riquísima presentación.

CADA TOMITO 20 CTS.

Publicaciones Alegres Barcelona - Buenos Aires